

## **Perfiles para una espiritualidad de compromiso apasionado con el Hogar de Cristo**

*Identificación con las características de cuatro mujeres que se vinculan con Jesús en el Evangelio*

### **Mc 1,29-34 – La suegra de Pedro**

Ella está excluida de todo lo que sucede alrededor de Jesús y los apóstoles en esa descripción de la impresionante actividad de Jesús en un día de su vida en Cafarnaúm, viviendo junto a Pedro y Andrés.

Está con fiebre y acostada, sin poder integrarse con los demás. Se halla en posición horizontal. Esto, en el lenguaje bíblico, significa la muerte. Está postrada, aislada, sin participar de la vida que se desarrolla a su alrededor.

Le avisan a Jesús de su enfermedad y Él, con mucha ternura, la toma de la mano y la levanta. Es el mismo gesto de extrema delicadeza que tendrá cuando resucita a la hija de Jairo (Mc 5,39-43). No la cura desde lejos. La toca. La incorpora. La pone de pie.

Cuando la levanta y la pone de pie, está significando que la devuelve a la vida y la reintegra a todos sus vínculos, haciéndola participar plenamente de la vida que se desarrollaba alrededor de Jesús.

Lo que resulta impresionante es que ella no responde hablando, sino con una actitud concreta:

“Ella entonces no tuvo más fiebre y se puso a servirlos”.

El servicio silencioso es la primera característica de esta entrega singular al Hogar. Es el modo de agradecer que tiene esta mujer. Al haber vuelto a la vida, al sentirse “resucitada”, responde con su cuerpo y con su alma sirviendo.

Sabemos por el Evangelio que la ciudad entera se reunió a la puerta de su casa para ponerse cerca de Jesús, y Él curó a muchos enfermos ese día (Mc 1,33-34). Ella continuaba sirviendo a esa multitud que se agolpaba en la puerta de su casa.

El servicio no nace de una obligación externa, sino de una vida restaurada. Jesús escucha el dolor, se acerca, levanta. Y quien ha sido levantado no puede hacer otra cosa que servir.

### **Lucas 7,36-50 – La pecadora perdonada**

Jesús está comiendo en casa de un fariseo. Una mujer pecadora, sin importarle lo que pudieran decir de ella, se acerca por detrás, a la altura de sus pies; los baña con sus lágrimas, los seca con sus cabellos, los cubre de besos y los unge con perfume. Es un conjunto de gestos que manifiestan un profundo amor y una gran humildad.

El fariseo masculla en su interior:

“Si este hombre fuera profeta, sabría quién es esta mujer que lo está tocando: una pecadora”.

Ella no pronuncia una sola palabra. Deja que Jesús la defienda:  
“Porque amó mucho, se le ha perdonado mucho”.

Ella es consciente de sus pecados, de su fragilidad y de sus errores. Esta experiencia de sentirse perdonados es clave en la espiritualidad de quienes se comprometen y sirven en el Hogar.

Reconocer nuestros límites y nuestras caídas no nos humilla: nos ubica en la verdad. Somos pecadores que nos sabemos perdonados, alcanzados por la misericordia de Jesús.

De allí nace la humildad que hace fecundo nuestro servicio. No buscamos cargos ni honores ni reconocimientos. Queremos servir al corazón de nuestros hermanos y hermanas, sabiendo que toda la energía que tenemos es gracia, es don recibido, por el regalo de haber sido perdonados.

La misericordia experimentada se transforma en misericordia ofrecida.

### **Juan 12,1-8 – María unge a Jesús con perfume de mucho precio**

Los apóstoles comentan que el perfume era caro y que debía haberse dado a los pobres. Jesús, aprobando el gesto de María, dice:

“A los pobres los tendrán siempre con ustedes, pero a mí no siempre me tendrán”.

Nuestro Papa León, en su primera Carta Apostólica *Dilexi te* (nn. 4-5), nos enseña: “Aquella mujer había comprendido que Jesús era el Mesías humilde y sufriente sobre el que iba a derramar su amor. ¡Qué consuelo el unguento sobre aquella cabeza que algunos días después iba a ser atormentada por las espinas! Era un gesto insignificante, ciertamente, pero quien sufre sabe cuán importante es un pequeño gesto de afecto y cuánto alivio puede causar. La sencillez de este gesto revela algo grande. Ningún gesto de afecto, ni siquiera el más pequeño, será olvidado, especialmente si está dirigido a quien vive en el dolor, en la soledad o en la necesidad”.

Aquí se unen el amor al Señor y el amor a los pobres.

“Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). Él permanece en los pobres, que aseguran su presencia entre nosotros. “Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mt 25,40).

No estamos en el horizonte de la beneficencia, sino en el de la Revelación. En el contacto con ellos se revela el Amor del Corazón de Jesús.

Ese Amor no está llamado a ser explicado, sino contemplado.

Esta mujer, al rendir homenaje al cuerpo sufrido de Jesús identificado con los pobres, es imagen de esa contemplación del Amor. Todos los que servimos al Señor en ellos tenemos una profunda vocación contemplativa: descubrir lo que el Amor de Jesús va

obrando silenciosamente en nuestros Hogares, en cada historia, en cada proceso, en cada vida herida que vuelve a levantarse.

### **Juan 20,11-18 – María Magdalena**

Esta mujer extraordinaria es la primera testigo de la Resurrección. Por eso ha sido llamada “Apóstol de los Apóstoles”, porque es la primera en anunciar la Buena Noticia.

Ama entrañablemente a Jesús. Lo busca como nadie. Se llena de angustia cuando no encuentra el cuerpo en el sepulcro. Cree que se lo han robado.

Cuando Jesús la llama por su nombre, todo cambia. La tristeza se transforma en alegría. Ella se arroja a sus pies.

Jesús conoce la profundidad de ese amor y, justamente por eso, la elige para ser la primera misionera.

También nos elige a nosotros. Porque, al sentirnos mirados, llamados y recibidos con tanto amor por la comunidad, nace el deseo grande de comunicar lo que hemos vivido, nuestro Testimonio.

La fuerza misionera de los Hogares de Cristo es arrolladora. El testimonio que reciben quienes nos escuchan tiene la fuerza de la Resurrección. Llega al corazón el mensaje del que puede decir:

“Estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido encontrado” (Lc 15,32).

### **El gesto que nos define**

Estas cuatro mujeres del Evangelio están atravesadas por la gratitud.

Su modo de dar gracias por todo lo recibido es:

- el servicio que brota de la vida restaurada,
- la humildad que nace de la certeza de haber sido perdonados.
- la contemplación del Amor del Corazón de Jesús en los pobres,
- y la respuesta misionera que anuncia la buena noticia.

Cuatro modos de agradecer, como María:

“Porque Él miró con bondad mi pequeñez” (Lc 1,48).

A mi modo de ver, el gesto que caracterizaría esta espiritualidad de los Hogares de Cristo debería ser el Lavatorio de los pies.

Aquí se expresa con nitidez nuestro deseo de servir, el perdón de Jesús que se abaja hasta lavarnos los pies, la contemplación del Amor que lleva a Jesús a entregarse sin límites y la conciencia de saber que todo lo que se nos ha dado es para comunicarlo y compartirlo con quienes hoy están donde nosotros estuvimos antes.

***Mons. Oscar Ojea. Villa Marista de Luján. Viernes 27 de febrero de 2026.***